

La revolución francesa no era un hecho simple. Había en ella algo más que Mirabeau.

No bastaba que Mirabeau quisiese para concluir con ella.

La revolución francesa correspondía al pasado y tenía contacto con el porvenir. Mirabeau no era más que el presente.

Para no indicar aquí más que dos puntos culminantes, la revolución francesa se complicaba de Richelieu en el pasado y de Bonaparte en el porvenir.

Lo particular de las revoluciones es que cuando están en gestación no se las puede matar.

Además, aún suponiendo la cuestión menos complicada de lo que es, hay que observar que, en las cosas políticas sobre todo, lo que un hombre ha hecho casi nunca puede deshacerse sino por otro hombre.

El Mirabeau de 91 era impotente contra el Mirabeau del 89. Su obra era más fuerte que él.

Y además, los hombres como Mirabeau no son la cerradura con la cual se puede cerrar la puerta de las revoluciones. No son más que el gozne sobre que giran, para cerrarse, como para abrirse, ciertamente. Para cerrar esa puerta fatal, sobre cuyos tableros ejercen su esfuerzo en el acto todas las ideas, todos los intereses, todas las pasiones comprimidas en la sociedad, hay que poner en los herrajes una espada á guisa de cerrojo.

VI

Hemos ensayado caracterizar lo que ha sido Mirabeau en la familia, después lo que ha sido en la nación. Réstanos examinar lo que será en la posteridad.

Por más reproches que justamente hayan podi-

do hacérsele, creemos que Mirabeau permanecerá grande.

Ante la posteridad, todo hombre y toda cosa se absuelve por su grandeza.

Hoy que casi todas las cosas que ha sembrado, han dado los frutos que hemos probado, la mayor parte buenos y sanos, algunos amargos; hoy que lo alto y lo bajo de su vida no ofrecen á la vista ninguna diversidad, los años que pasan ponen á todos hombres en perspectiva; hoy que su genio no produce admiración ni execración, y que ese hombre, furiosamente agitado mientras vivió, de un extremo á otro, ha tomado la actitud tranquila y serena que la muerte da á las grandes figuras históricas; hoy que su memoria, tanto tiempo arrastrada por el lodo y besada en los altares, ha sido retirada del panteón de Voltaire y de la cloaca de Marat, podemos decirlo fría-mente: Mirabeau es grande. Le ha quedado el olor del panteón, pero no el de la cloaca. La imparcialidad histórica, lavando en el arroyo su cabellera manchada, no le ha quitado su aureola. Se ha lavado el lodo de esa cara y continúa irradiando.

Después de haberse dado cuenta del inmenso resultado político que el conjunto de sus facultades ha producido, se puede considerar á Mirabeau, bajo un doble aspecto, como escritor y como orador. Nos tomamos aquí la libertad de disentir de la opinión de Rivarol; creemos á Mirabeau más grande como orador que como escritor.

Su padre, el marqués de Mirabeau, tenía dos especies de estilo, y como dos plumas en su escritorio. Cuando escribió un libro, un buen libro para el público, para el efecto, para la corte, para la Bastilla, para la gran escalinata del Palacio de Justicia, el digno señor se envolvía, se hacía rígido, se hinchaba, cubría su pensamiento, ya muy obscuro de por sí, con todas

las ampulósidades de la expresión; y no es posible figurarse con qué estilo tan pedestre é hinchado á la vez, pesado y arrastrando en largas colas frases interminables, cargado de neologismos, hasta el punto de no quedar cohesión alguna en la trama, bajo cuyo estilo, decimos, á la vez incoloro é incorrecto, se disfrazaba la originalidad natural é incontestable de ese extraño escritor, mitad hidalgo y mitad filósofo; prefiriendo Quesnay á Sócrates, y Lefranc de Pompiñan á Píndaro; desdeñando á Montesquieu por atrasado, é interesándose en ser sermoneado por el cura; habitante anfibio de los sueños del siglo diez y ocho y de los prejuicios del diez y seis. Pero cuando ese hombre, ese mismo hombre quería escribir una carta, cuando olvidaba al público y se dirigía sólo á la *larga cara rígida y fría* de su venerable hermano el baile, ó á su hija la *pequeña Saillannette* (1), «la mujer más emoliente que ha existido jamás», ó bien á la hermosa cabeza risueña de madama de Rochefort, entonces ese espíritu embotado de pretensión se dilataba; su expresión ya no era forzada, ni cansada, ni tenía la hinchazón apoplética; su pensamiento, en las cartas familiares é íntimas, se extendía vivo, original, con colorido, curioso, divertido, profundo, gracioso, natural, á través de ese hermoso estilo de gran señor del tiempo de Luis XIV, que hablaba Saint-Simón con todas las cualidades del hombre, y Mme. de Sévigné con todas las cualidades de la mujer. Con los fragmentos que hemos citado se ha podido juzgar. Después de un libro del marqués de Mirabeau, una carta suya es una revelación. Es casi increíble. Buffon no comprendería esta variedad del escritor. Tenéis dos estilos y no tenéis más que un hombre.

En este particular, el hijo tenía algo del padre.

(1) Mme. du Saillant.

Podría decirse, con muchas salvedades y restricciones, sin embargo, que hay la misma diferencia entre su estilo escrito y su estilo hablado. Notemos solamente que el padre tenía facilidad en una carta, el hijo en un discurso. Para ser él, para tener naturalidad, para estar en su centro, el uno necesitaba su familia, el otro una nación.

Mirabeau escritor, es algo menos que Mirabeau. Sea demostrando á la joven república americana la inutilidad de su *orden de Cincinato*, y lo torpe é inconsistente de una hidalguía de labradores; sea que moleste con *la libertad de la Escalda* á José II, ese emperador filósofo, ese Tito, según Voltaire, ese busto de César romano de estilo Pompadour; sea que haga investigaciones en el fondo del gabinete de Berlín, y saque de ahí esa *Historia secreta* que la corte de Francia hace que los tribunales manden quemar en la escalera del Palacio de Justicia; torpeza insigne, pues de los libros quemados por el verdugo, siempre escapaban llamas y chispas, las cuales se dispersaban á lo lejos, según el viento que soplaba, sobre el techo carcomido de la gran sociedad europea, sobre la techumbre de las monarquías, sobre todos los espíritus llenos de ideas inflamables, sobre todas las cabezas, entonces hechas de estopa; sea que invective á su paso á esa carretada de charlatanes, que tanto ruido han hecho en el siglo XVIII, Necker, Beaumarchais, Lavater, Colonne y Cagliostro; en fin, sea cual fuere el libro que escribiese, su pensamiento estaba siempre á la altura del asunto; pero su estilo no bastaba á su pensamiento. Su idea es constantemente grande y elevada; pero, para salir de su espíritu, se encorva y se pliega bajo la expresión, como al pasar por una puerta demasiado baja. Excepto en sus elocuentes cartas á madama de Monnier, donde se muestra tal cual es, donde más bien habla que escribe, y que son

arengas de amor (1), como sus discursos en la constituyente son arengas de revolución; excepto ahí, decimos, su estilo escrito, en general, es de forma mediana, pastoso, sin trabazón, blando en las extremidades de las frases, seco, componiéndose un color mate con epítetos vulgares, pobre en imágenes, ó no ofreciendo sino muy vagamente extraños mosaicos de metáforas poco adherentes entre sí. Leyéndole, se siente que las ideas de ese hombre no están hechas, como los de los grandes prosistas, de esa substancia particular, flexible y blanda, que se presta á todas las cinceladuras de la expresión, que se insinúa hirviente y líquida en todos los ángulos del molde en que la vierte el escritor y luego se solidifica; primeramente lava, después granito. Leyéndole, se siente que han quedado en su cabeza muchas cosas sensibles, de las cuales el papel no tiene más que un esbozo, que ese genio no tiene la conformación necesaria para expresarse completamente en un libro, y que no es una pluma el mejor conductor posible para todos los fluidos comprimidos en ese cerebro lleno de truenos.

Mirabeau hablando, es Mirabeau. Mirabeau hablando, es el agua derramándose, la ola produciendo espuma, el fuego que chispea, el pájaro que vuela, es una cosa que hace ruido propio, una naturaleza que cumple su ley. ¡Espectáculo siempre sublime y armonioso!

Todos los contemporáneos reconocen ahora unánimemente que Mirabeau, en la tribuna, es una cosa magnífica. Allí está bien él, enteramente todopoderoso. Allí no hay mesa, ni papel, ni escritorio erizado de plumas, ni gabinete solitario, ni silencio,

(1) Calificamos así solamente sus cartas que son pasión pura. Sobre las otras echamos el conveniente velo.

ni meditación, sino un mármol que se puede golpear, una escalera que se puede subir corriendo, una tribuna, especie de jaula de esa bestia fiera, en que se puede ir y venir, andar, pararse, soplar de cansancio, cruzar los brazos, mostrar los puños, tomar la palabra con su gesto, é iluminar una idea con una ojeada; un montón de hombres que se puede mirar fijamente; un gran tumulto, magnífico acompañamiento para una gran voz; una muchedumbre que odia al orador; la asamblea, envuelta de una muchedumbre que le quiere, el pueblo; á su alrededor todas esas inteligencias, todas esas almas, todas esas pasiones, todas esas medianías, todas esas ambiciones, todas esas naturalezas diversas que él conoce, y de las cuales puede sacar el sonido que quiera, como de las teclas de un inmenso teclado; encima de él la bóveda de la sala de la asamblea constituyente, hacia la cual se levantan sus ojos, como para buscar allí pensamientos, porque se derriban las monarquías con las ideas que caen de una bóveda así sobre una cabeza semejante.

¡Oh, cómo está ese hombre en su terreno, qué pie tan firme y seguro! ¡Qué grande es ese genio en un discurso, si se empequeñecía en los libros! ¡Qué felizmente cambia la tribuna las condiciones de producción exterior para ese pensamiento! Mirabeau orador, después de Mirabeau escritor. ¡Qué transfiguración!

Todo era poderoso en él. Su gesto brusco é irregular era imperioso. En la tribuna tenía un colosal movimiento de hombros, como un elefante que lleva encima una torre armada para la guerra. Llevaba su pensamiento. Su voz, aun cuando no soltase más que una palabra desde su banco, tenía un acento formidable y revolucionario, que en la asamblea producía el efecto del rugido del león en la casa de fieras. Cuando agitaba la cabeza, su cabellera se parecía algo á las crines del

terrible animal. Su entrecejo lo movía todo, como el de Júpiter, *cuncta surpercilio moventis*. Sus manos, algunas veces, parecían amasar el mármol de la tribuna. Toda su cara, toda su actitud, toda su persona estaba hinchada del orgullo pletórico que tenía su grandeza. Su cabeza era de una fealdad grandiosa y fulgurante, de un efecto eléctrico y terrible en ciertos momentos. En los primeros tiempos, cuando todavía nada se había decidido visiblemente en pro ó en contra de la realeza; cuando se equilibraban, la monarquía todavía fuerte y las teorías aun débiles; cuando ninguna de las ideas, que más tarde debían conquistar el porvenir, había llegado al completo crecimiento; cuando la revolución, mal guardada y mal armada, parecía fácil de tomar por asalto, ocurría algunas veces que la derecha, creyendo haber derribado algún muro de la fortaleza, se echaba sobre ella en masa con gritos de victoria; entonces la cabeza monstruosa de Mirabeau aparecía en la brecha y petrificaba á los asaltantes. El genio de la revolución se había forjado una égida con todas las doctrinas amalgamadas de Voltaire, de Helvecio, de Diderot, de Bayle, de Montesquieu, de Hobbes, de Locke y de Rousseau; había puesto en medio la cabeza de Mirabeau.

No era solamente grande en la tribuna, era grande en su asiento; el interruptor igualaba al orador. Muchas veces decía tantas cosas en una palabra como en un discurso. *Lafayette tiene un ejército*, decía á M. de Juleau, *pero yo tengo mi cabeza*. Interrumpía á Robespierre con esta profunda frase: *Este hombre irá lejos, porque cree todo lo que dice*.

En una ocasión decía de la corte: *La corte mata de hambre al pueblo. ¡Traición! El pueblo le comprará pan con la Constitución*. Esta frase encierra todo el instinto del gran revolucionario.

El abate Sieyes, decía, *metafísico que viaja sobre un*

mapamundi. Daba así un toque vivo al hombre teórico dispuesto siempre á traspasar los mares y los montes.

A veces era de una admirable simplicidad. Un día, ó mejor una noche, en su discurso del 3 de mayo, en el momento en que luchaba como un atleta con dos cestas, del brazo izquierdo contra el abate Maury y del brazo derecho contra Robespierre, M. de Cazalis, con la seguridad de una medianía, le interrumpía de este modo:—*Vos no sois más que un charlatán*. Mirabeau se vuelve hacia el abate Gontes, que ocupaba la presidencia, y le dijo con un candor infantil: *Señor presidente, haced callar al señor de Cazalis, que me llama charlatán*.

La asamblea nacional quería empezar un mensaje al rey con esta frase: *La asamblea pone á los pies de vuestra majestad una ofrenda*, etc.—*La majestad no tiene pies*, dice friamente Mirabeau.

La asamblea quiere decir un poco más lejos que está *ebria de la gloria de su rey*.—*¡Ni pensarlo, interrump* Mirabeau; *gentes que hacen leyes y están ebrios!*

Algunas veces caracterizaba con una sola palabra que diríase era traducida de Tácito, la historia y el género de genio de toda una casa soberana. Decía, por ejemplo, á los ministros: *No me habléis de vuestro duque de Saboya, mal vecino de toda libertad*.

A veces reía. La risa de Mirabeau era una cosa formidable.

Se burlaba de la Bastilla. «En mi familia, decía, ha habido cincuenta y cuatro órdenes de prisión, y de ellas diez y siete han sido contra mí. Ya veis que he sido tratado como primogénito de Normandía.»

Se burlaba de sí mismo. M. de Valfond le acusó de haber recorrido, el 6 de octubre, las filas del regimiento de Flandes, con el sable desenvainado en la mano y hablando á los soldados. Alguno demostró que el hecho concernía á M. de Gamaches y no á Mi-

rabeau; y Mirabeau añade: «Así, bien pesada y examinada la cosa, la declaración de M. de Valfond sólo es desagradable para M. de Gamaches, por suponérsele muy feo, puesto que se me parece.»

Algunas veces sonreía. Cuando se debatía en la asamblea la cuestión de la regencia, la izquierda pensaba en el duque de Orleans y la derecha en el príncipe de Condé, entonces emigrado en Alemania. Mirabeau pide que ningún príncipe pueda ser regente sin haber jurado la Constitución. M. de Montlosier contesta que un príncipe puede tener razones para no haber jurado la Constitución; por ejemplo, puede haber hecho un viaje á Ultramar...—Mirabeau contesta: «El discurso del preopinante va á imprimirse; deseo redactar la errata. *Ultramar*, léase *Ultra-Rhin*.» Y esta broma decide la cuestión. El gran orador jugaba así á veces con lo que mataba. Si hay que creer á los naturalistas, el león tiene algo de gato.

Otra vez, habiendo presentado los procuradores de la asamblea una ley cuyo texto estaba muy mal redactado, se levanta Mirabeau y dice: «Deseo hacer algunas tímidas reflexiones sobre la conveniencia de que la asamblea nacional de Francia hablase francés, y hasta escribiese en francés las leyes que propone.»

En momentos dados, en medio de sus más violentas declamaciones populares, se acordaba repentinamente de quién era, y tenía soberbios arranques de hidalgo. Entonces estaba de moda en la oratoria, echar en todo discurso una imprecación cualquiera sobre las matanzas de la Saint-Barthélemy. Mirabeau hacía su imprecación como todo el mundo; pero decía de paso: *El señor almirante de Coligny, que entre paréntesis, era primo mío*. El paréntesis era digno del hombre cuyo padre escribía: *En mi familia sólo ha habido un enlace desigual, el enlace con los Médicis*. —*Mi primo, el señor almirante de Coligny*, habría

sido impertinente en la corte de Luis XIV, era sublime en la corte del pueblo de 1791.

En otro instante, hablaba también de *su digno primo el señor guardasellos* (1), pero era en otro tono.

El 22 de septiembre de 1789, el rey hace ofrecer á la asamblea el abandono de su vajilla y objetos de plata para las necesidades del Estado. La derecha se admira, se extasia y llora. *En cuanto á mi*, exclama Mirabeau, *me inspira poca compasión la loza de los grandes*.

Su desdén era hermoso, su risa era hermosa; pero su cólera era sublime.

Cuando se había conseguido irritarle, cuando de golpe le habían hundido en el costado alguna de esas puntas agudas que hacen saltar al orador y al toro, lo dejaba todo inmediatamente, dejaba ahí las ideas esbozadas; se inquietaba poco de que la bóveda de razonamiento que había empezado á construir se desplomase detrás de él por falta de coronación; abandonaba la cuestión por completo y se echaba con la cabeza baja sobre el incidente. Entonces, ¡ay del interruptor!, ¡cuidado con el torero que le había clavado la banderilla! Mirabeau se dirigía á él, le cogía por el vientre, le levantaba al aire, le pateaba. Iba y venía á él, lo destrozaba, lo pulverizaba. En sus frases cogía la totalidad del hombre, sea cual fuese, grande ó pequeño, malo ó nulo, barro ó polvo, con su vida, con su carácter, con su ambición, con sus vicios, con sus ridiculeces; no omitía nada, no le perdonaba nada, no olvidaba nada; golpeaba desesperadamente á su enemigo contra los ángulos de la tribuna; hacía temblar, hacía reír; todas las palabras hacían blanco, todas las frases como flechas; tenía la furia en el corazón, era

(1) M. de Barentin. Sesión del 24 de junio de 1789.

terrible y soberbio. Era una cólera de león. ¡Grande y poderoso orador, hermoso, sobre todo en aquel momento! ¡Había que ver entonces cómo despejaba las nubes de toda discusión! ¡Había que ver entonces cómo su soplo tempestuoso agitaba todas las cabezas de la asamblea! ¡Cosa singular! Nunca razonaba mejor que en el arrebató. La irritación más violenta, lejos de disgregar su elocuencia en las sacudidas que le daba, desarrollaba en él una especie de lógica superior, y encontraba argumentos en el furor como otro hallaba metáforas. Sea que hiciese rugir su sarcasmo de dientes acerados sobre la pálida frente de Robespierre, ese temible enemigo que dos años más tarde debía tratar las cabezas como Foción los discursos; sea que mascase con rabia los dilemas filiformes del abate Maury, y los escupiese á la derecha, torcidos, rasgados, dislocados, semidevorados y cubiertos de la espuma de su cólera; sea que hundiese las uñas de su silogismo en la frase blanda y sin vigor del abogado Target, era grande y magnífico, y tenía una especie de majestad formidable que no descomponían sus brincos más desenfrenados. Nuestros padres nos lo han dicho: quien no había visto á Mirabeau en cólera, no había visto á Mirabeau. En la cólera, su genio rodaba y mostraba todos sus esplendores. La cólera sentaba bien á ese hombre, como la tempestad al Océano.

Y sin quererlo, en lo que acabamos de escribir para figurar la sobrenatural elocuencia de ese hombre, la hemos pintado por la confusión misma de las imágenes. En efecto, Mirabeau no era solamente el toro, ó el león, ó el tigre, ó el atleta, ó el arquero, ó el águila, ó el pavo real, ó el aguilón, ó el océano; era, en una serie indefinida de sorprendentes metamorfosis, todo eso á la vez. Era Proteo.

Para quien le ha visto, para quien le ha oído, sus

discursos son hoy letra muerta. Todo lo que era saliente, relieve, color, aliento, movimiento, vida y alma, ha desaparecido. Todo lo de esas hermosas arengas yace hoy en tierra. ¿Dónde está el soplo que hacía agitar todas esas ideas como el huracán las hojas? Ahí está la palabra; pero ¿dónde está el gesto? Ahí está el grito, ¿dónde está el acento? Ahí está la palabra, ¿dónde está la mirada? Ahí está el discurso, ¿dónde está la comedia de ese discurso? Porque, hay que decirlo, en todo orador hay dos cosas, un pensador y un cómico. El pensador queda, el cómico se va con el hombre. Talma muere enteramente. Mirabeau á medias.

En la asamblea constituyente había una cosa que espantaba á los que miraban atentamente, la convención. Para quien ha estudiado esa época, es evidente que desde 1789 la convención estaba en la asamblea constituyente. Estaba en estado de germen, en estado de feto, en estado de boceto. Era todavía algo indistinto para la muchedumbre, era ya algo terrible para quien sabía ver. Una nonada, sin duda; un tono más oscuro que el color general; una nota que desentonaba á veces en la orquesta; un estribillo triste en un coro de esperanzas y de ilusiones; un detalle que ofrece alguna discordancia en el conjunto; un grupo sombrío en un rincón oscuro; algunas bocas que dan cierto acento á ciertas palabras; treinta votos, nada más que treinta votos, que más tarde debían ramificarse, según una espantosa ley de multiplicidad, en Girondinos, en Llanura y en Montaña; en una palabra, 93, punto negro en el cielo azul del 89. Todo estaba ya en este punto negro, el 21 de enero, el 31 de mayo, el 9 thermidor, sangrienta trilogía; Buzot que debía devorar á Luis XVI, Robespierre que debía devorar á Buzot, Vadier que debía devorar á Robespierre, trinidad siniestra. Entre esos hombres, los más

medianos y los más ignorados, Hébrard y Putrainte, por ejemplo, tenían una sonrisa extraña en las discusiones, y parecían guardar un pensamiento cualquiera sobre el porvenir, que no decían á nadie. Para nosotros, el historiador debería usar microscopios para examinar la formación de una asamblea en el vientre de otra asamblea. Es una especie de gestación que se reproduce frecuentemente en la historia, y que creemos no ha sido bastante observada. En el caso presente, no era ciertamente un detalle insignificante en la superficie del cuerpo legislativo, esa excrescencia misteriosa que contenía ya levantado el cadalso del rey de Francia. Era una cosa que debía tener una forma monstruosa, el embrión de la convención en el flanco de la constituyente. Huevo de buitre empujado por un águila.

Desde entonces, muchas buenas almas de la asamblea se espantaban de la presencia de esos pocos hombres impenetrables que parecían reservarse para otra época. Presentían que esos hechos encerraban huracanes y apenas dejaban escapar algunos soplos. Se preguntaban si esos aquilones un día no se desencadenarían, y qué se haría entonces de esas cosas esenciales á la civilización que el 89 no había desarraigado. Rabaud Saint-Etienne, que creía acabada la revolución y lo decía en alta voz, husmeaba con inquietud á Robespierre, que no la creía empezada y lo decía muy bajo. Los demoledores presentes de la monarquía temblaban ante los demoledores futuros de la sociedad. Estos, como todos los hombres que poseen el porvenir y que lo saben, eran altivos, malhumorados y arrogantes, y el menor de entre ellos se codeaba desdeñosamente con los principales de la asamblea. Los más nulos y los más oscuros, según su humor y su fantasía, interrumpían con insolencia á los más graves oradores; y como todo el

mundo sabía que en un próximo porvenir habría acontecimientos para esos hombres, nadie osaba replicarles. En esos momentos, la asamblea que debía venir un día, daba miedo á la asamblea existente; entonces se manifestaba con esplendor el poder excepcional de Mirabeau. En el sentimiento de su omnipotencia, y sin darse cuenta de que hiciese una cosa tan grande, gritaba al grupo siniestro que cortaba la palabra á la constituyente: *¡Silencio en los treinta votos!*, y la convención se callaba.

Ese antro de Eolo permaneció silencioso y contenido mientras Mirabeau tuvo el pie en la tapadera.

Muerto Mirabeau, hicieron irrupción todas las ideas anárquicas ocultas.

Por lo demás, lo repetimos, creemos que Mirabeau ha muerto á tiempo. Después de haber desencadenado muchas tempestades en el Estado, es evidente que durante un cierto tiempo ha comprimido con su peso todas las fuerzas divergentes á las cuales les estaba reservado acabar la ruina que él había empezado; pero por esa misma compresión se condensaban, y á nuestro juicio, tarde ó temprano, la explosión revolucionaria debía encontrar su salida, y hacer saltar á Mirabeau, por gigante que fuese.

Concluamos.

Si tuviéramos que resumir á Mirabeau en una palabra, diríamos: Mirabeau no es un hombre, no es un pueblo, es un acontecimiento que habla.

¡Un inmenso acontecimiento! La caída de la forma monárquica en Francia.

Bajo Mirabeau no eran posibles ni la monarquía, ni la república. La monarquía lo excluía por su jerarquía, la república por su nivel. Mirabeau es un hombre que pasa en una época de preparación. Para que la importancia de Mirabeau se desplegara con

facilidad, era preciso que la atmósfera social estuviera en ese estado particular en que no resiste nada preciso y arraigado, en que todo obstáculo al progreso de las teorías se repele fácilmente, en que los principios que un día constituían el fondo sólido de la sociedad futura están todavía en suspensión, sin mucha forma ni consistencia, esperando, en ese medio en que flotan revueltos en torbellino, el instante de precipitarse y de cristalizarse. Toda institución asentada tiene ángulos contra los cuales el genio de Mirabeau tal vez se hubiera estrellado.

Mirabeau tenía un profundo sentido de las cosas; tenía también un profundo sentido de los hombres. A su llegada á los estados generales, observó en silencio durante mucho tiempo, en la asamblea y fuera de la asamblea, el grupo de los partidos tan pintoresco entonces. Adivinó la insuficiencia de Monnier, de Malouet y de Rabaud Saint-Etienne, que soñaban una constitución inglesa. Juzgó friamente la pasión de Chapelier, la brevedad de espíritu de Pétion, el mal énfasis literario de Volney; el abate Maury, que tenía necesidad de una posición; d'Eprémessnil y Adriano Duport, parlamentarios de mal humor, pero no tribunos; Roland, ese cero cuya mujer era la cifra; Grégoire, que estaba en estado de sonambulismo político. En seguida vió el fondo de Sieyès, por poco penetrable que fuese. Embriagó con sus ideas á Camilo Desmoulins, cuya cabeza no era bastante fuerte para llevarlas. Fascinó á Danton, que se le parecía en menos grande y en más feo. No ensayó ninguna seducción cerca los Guillermy, los Lautrec y los Cazalis, especies de caracteres insolubles en las revoluciones. Presentía que todo iba á ir tan aprisa, que no había tiempo que perder. Por otra parte, lleno de valor y no teniendo miedo nunca del hombre del día, lo que es raro, ni del hombre de mañana, lo que

es más raro todavía, toda su vida fué osado con los poderosos; atacó sucesivamente en su tiempo á Maupeon y á Terray, á Calonne y á Necker. Se aproximó al duque de Orleans, le tocó y le dejó en seguida. Miró cara á cara á Robespierre, y á Marat oblicuamente.

Había estado encerrado sucesivamente en la isla de Rhé, en el castillo de If, en el fuerte de Soux, en el torreón de Vincennes. Se vengó de todas esas prisiones con la Bastilla.

En sus cautiverios, leía á Tácito. Lo devoraba, se nutría de él; y cuando llegó á la tribuna en 1789, todavía tenía la boca llena de esa médula de león. Todos lo notaron á las primeras palabras que pronunció.

No tenía la inteligencia de lo que querían Robespierre y Marat. Miraba al uno como un abogado sin pleitos y al otro como un médico sin enfermos, y suponía que el despecho era lo que les hacía divagar. Opinión que, por lo demás, tenía su parte de verdad. Volvía la espalda completamente á las cosas que venían á tan grandes pasos detrás de él. Como todos los regeneradores radicales, tenía la vista más fija en las cuestiones sociales que en las cuestiones políticas. La obra suya no es la república, es la revolución.

Lo que prueba que es el verdadero grande hombre esencial de aquellos tiempos, es que ha quedado más grande que ninguno de los hombres que han crecido después de él, en el mismo orden de ideas.

Su padre, que por más que lo haya engendrado, no lo comprendía, como la constituyente no comprendía la convención, decía de él: *Este hombre no es el fin ni el principio de un hombre*. Tenía razón. «Ese hombre» era el fin de una sociedad y el principio de otra.